

El ángel de la  
ventana de Occidente



GUSTAV MEYRINK

*El ángel de la ventana de occidente*, última novela de Meyrink, narra la fantástica historia de un hombre que, tras hacerse cargo de los papeles de un primo difunto, comienza a tener pesadillas y visiones sobre su antepasado, el enigmático John Dee, célebre ocultista inglés que vivió entre 1527 y 1609. Recibe entonces la visita de dos extraños personajes, el misterioso Lipotin y la seductora Assja Chotokalungin, que le reclaman la legendaria punta de lanza de Hoël Dhat, de la que él nada sabe. La acción de la novela, que transcurre en Inglaterra, Polonia y Praga, oscila entre lo real y lo onírico, y viaja desde los albores del siglo XX al reinado de Isabel I. El relato pretende ilustrar la ley del *karma*, así como exponer los fundamentos de la verdadera alquimia: procurar al ser humano un vehículo inmortal para lograr la resurrección de la carne.

## EL ÁNGEL DE LA VENTANA DE OCCIDENTE

¡Qué sentimiento tan turbador! ¡Tener en la mano, atado y sellado, el legado de un muerto! Es como si tenues e invisibles hilos, parecidos a los de las telas de araña, se escapasen de él, para conducirte mucho más allá, en un imperio de tinieblas.

El sabio cierre del paquete, el papel azul cuidadosamente plegado sobre el papel de embalaje, prueban, con un silencioso testimonio, la intención y el gesto premeditado de alguien vivo que sentía acercarse la muerte. Reúne, clasifica y envuelve: cartas, notas, cajitas impregnadas de su importancia antigua y a la vez de su decadencia actual, vacías de recuerdos ya ha mucho desvanecidos; al hacer esto, imagina venir un heredero, un lejano personaje, casi un extraño —¡yo!— un hombre que no conocerá su desaparición y sólo se afectará si el paquete cerrado, abandonado en el reino de los vivos, encuentra el camino hasta él.

Está constelado de imponentes sellos rojos, los de mi primo John Roger, con las armas de mi madre y de su familia. Desde ya hacía mucho los primos y las tías llamaban a este hijo de un hermano de mi madre: «El último de su raza», y estas palabras, aparte de las consonancias extranjeras de su nombre, resonaban en mi oído como un título solemne, cuando, con un orgullo un poco risible, las pronun-

ciaban con sus labios secos y arrugados, exhalando en una pequeña tos el resto de una raza casi extinguida.

El árbol genealógico —en mi imaginación por la imagen heráldica— está curiosamente ramificado en tierra extranjera. Se ha enraizado en Escocia, ha prosperado en toda Inglaterra, pasa por estar emparentado de cerca con una de las más importantes familias del País de Gales. Vigorosos brotes se han multiplicado en Suecia, en América, finalmente en Estiria y en Alemania. En todas partes se han debilitado y en Gran Bretaña el tronco se está secando. Un último renuevo resistía todavía, aquí, en el sur de Austria: mi primo John Roger. Y este último renuevo, Inglaterra lo ha segado.

«Su Señoría», mi abuelo materno, todavía tenía en mucho las tradiciones y los títulos de sus antepasados. ¡Y tan sólo era un simple ganadero de Estiria! John Roger, mi primo, había tomado otros caminos; se dedicó a las ciencias naturales y a una especie de medicina diletante de la psicopatología moderna, hizo grandes viajes y se instruyó con una gran perseverancia en Viena y Zurich, Alep y Madras, Alejandría y Turín, cerca de maestros diplomados o no, cubiertos del polvo de Oriente o enarbolando la camisa almidonada de los Occidentales, pero eminentes conocedores de los abismos del alma.

Algunos años antes de declararse la guerra se instaló en Inglaterra: debió de ir para investigar sobre la existencia y el origen de nuestra familia. No sé nada más, sólo que allí habría descubierto algún raro y profundo secreto. Fue entonces cuando la guerra le sorprendió, y como era oficial de reserva austríaco, se le internó; cuando salió del campo, al cabo de cinco años, era un hombre acabado. Ya no cruzó el canal de la Mancha y murió en algún lugar de Londres, dejando tras él unos pocos bienes sin importancia, y a partir de ahora dispersados entre los diversos miembros de la familia.

Me toca en suerte, además de algunos recuerdos, el paquete recibido hoy, en el cual, escrito por su propia mano,

ha puesto mi nombre. ¡Muerto es el árbol, excluido el blasón!

Pero es sólo un pensamiento vano por mi parte: ningún heraldo procede con semejante proclamación tan solemne y sombría.

Excluido el blasón, murmuraba mientras rompía los sellos rojos. Ya nadie más los pondrá.

Son majestuosas, espléndidas armas que... ¿que yo rompo? Extraña impresión: ¿no es como si de golpe yo dijera una mentira?

Sí, yo rompo estas armas, pero quién sabe, ¡quizá las despierte de un largo sueño! El escudo, bifurcado en su base, lleva a la derecha sobre un campo de azur una espada de plata en palo sobre una colina de sinople —alusión al señorío de Gladhill de nuestros antepasados en Worcester. A la izquierda, en un campo de plata, un árbol verde; entre sus raíces nace una fuente de plata, a causa de Mortlake en Middlesex. Y, en la parte verde que se termina en punta, una lámpara encendida recuerda las lámparas de los primeros cristianos: símbolo insólito, que los heraldistas han considerado siempre con gran asombro.

Dudo en romper el último sello, tan bellamente puesto para el placer de los ojos. ¿Pero qué es eso? Debajo del escudo. ¡No es del todo una lámpara encendida! ¡Es un cristal! ¡Un dodecaedro regular, aureolado de gloriosos rayos! ¡Sí, es un carbúnculo radiante, no una humilde lámpara de aceite! y de nuevo se apodera de mí una extraña turbación, una emoción que querría abrirse paso hasta mi conciencia, y que habría dormido desde, sí, desde hacía siglos.

*Lapis sacer sanctificatus et praecipuus manifestatio-  
nis<sup>[1]</sup>.*

Observo moviendo la cabeza esta incomprendible novedad en el viejo blasón tan familiar. ¡Un sello que estoy se-

guro de no haber visto jamás! O mi primo John Roger lo ha hecho componer, o... sí, está claro: el corte, tan limpio, es moderno, indudablemente: John Roger ha hecho fabricar en Londres un nuevo sello. ¿Pero por qué? —¡A causa de la lámpara!— Lo descubro de pronto como una cosa que cae por su propio peso: la lámpara sólo era una corrupción tardía y estrambótica. Desde siempre el blasón ha llevado un cristal radiante. —¿Pero y la inscripción?— Descubro una singular complicidad entre este cristal y mi mundo interior. ¡Cristal de roca! Recuerdo que en una leyenda, un carbúnculo resplandecía con todos sus destellos en el cénit, pero la he olvidado.

Una última duda. Al final rompo el último sello, deshago los nudos. Delante mío se esparcen viejas cartas, actas, archivos, extractos, amarillentos pergaminos cubiertos de caracteres rosacrucianos, diario íntimo, imágenes, pentáculos herméticos más o menos podridos, algunas sucias encuadernaciones con viejos cobres, un montón de cuadernos atados juntos de todas las maneras; y también pequeños cofres de marfil llenos de sorprendentes telas, monedas, fragmentos de madera incrustados de plata y oro, a manera de reliquias; y luego, huesecillos pulidos y tallados en caras como cristales, muestras del mejor carbón fósil de Devons-hire, y buen número de objetos heteróclitos. Emerge una nota, con la austera y acompasada escritura de John Roger:

*¡Lee o no leas! ¡Quema o persevera! Añade polvo al polvo.*

*Nosotros, de la raza de Hoél Dhat, príncipes de Gales, estamos muertos. Mascee.*

¿Me son destinadas estas frases? Me pregunto. Es probable. No comprendo nada, pero no me siento impelido a romperme la cabeza en ella. Semejo un niño que de todo se dijera: «¡Qué necesidad tengo de saberlo ahora! ¡Ya lo

aprenderé más tarde por mí mismo!». ¿Pero, a pesar de todo, qué significa esta palabra «Mascee»? Pica mi curiosidad. Abro el diccionario y leo:

*«Mascee = expresión anglo-china que quiere decir poco más o menos:*

*¡Qué importa! Un sentido muy cercano al del Nietzsche ruso».*

\* \* \*

Ya era muy entrada la noche cuando ayer me levanté de la mesa, después de una larga meditación sobre la suerte de mi primo John Roger y sobre la fugacidad de nuestras esperanzas y de todas las cosas, dejando para mañana un inventario más detallado de mi herencia. Me puse en la cama y me dormí rápidamente.

Aparentemente la idea del cristal en el blasón me había seguido hasta en mi sueño; en todo caso, nunca creo haber tenido un sueño tan singular.

En alguna parte, sobre mí, relucía el carbúnculo arriba en las tinieblas. Un rayo emanado de su palidez golpeó mi frente y tuve la neta percepción que así se establecía, entre mi cabeza y la piedra preciosa, una ligazón importante. Intentaba sustraerme de ella, pues una angustia me había asido, moviendo mi cabeza de un lado a otro, pero era imposible escapar al rayo. Mientras me esforzaba girando y volviendo a girar la cabeza, tuve una experiencia desconcertante: por decirlo de alguna manera, me pareció que el rayo del carbúnculo todavía permanecía clavado en mi frente cuando hundía mi rostro en la almohada. Y tuve la precisa sensación que un nuevo rostro se moldeaba detrás de mi cabeza: me crecía una segunda faz. No sentía ningún es-

panto; pero era molesto no poder ya de ninguna manera escapar al rayo.

La cabeza de Jano, me decía, pero en mi sueño sabía que eso era simplemente una reminiscencia de mis humanidades latinas, ya que intentaba tranquilizarme; por lo tanto, no estaba tranquilo. ¿Jano? —No, es estúpido: ¡Jano! ¿Pero qué, entonces? Con una insistencia irritante, mi conciencia onírica se paraba en este «y entonces qué». Además no llegaba a definir «quién era yo». Después, pasó otra cosa: el carbúnculo descendió de sus lejanas alturas hasta tocar la parte superior de mi cabeza. Experimentaba una sensación de extrañeza impensable, tanto, que no sabría formularla. Un objeto, caído de un lejano astro, no me habría podido sorprender más. No sé por qué cuando reflexiono sobre este sueño, pienso siempre en la paloma que descendió del cielo en el bautismo de Jesús por el asceta Juan. Cuanto más se acercaba el carbúnculo, más derecho caía el rayo sobre mi cabeza, quiero decir, sobre la línea que partía mis dos cabezas. Poco a poco experimentaba una sensación de ardor, comparable a la del hielo, y esta sensación nueva para mí, me despertó.

He pasado todo el día siguiente rumiando este sueño.

Dudoso, perezoso, un medio recuerdo emergía de las brumas de mi primera infancia.

Se trata de una fábula, de un cuento, de una ficción o de una lectura —quizá de cualquier otra cosa— donde aparecían un carbúnculo y un rostro, o una forma, que no se llamaba «Jano». Una imagen muy vaporosa emergía de las profundidades de mi memoria:

Cuando, en mi infancia, me sentaba sobre las rodillas de mi abuelo, el que se llamaba «Su Señoría» y que a pesar de todo no era más que un pequeño propietario estiriano, el viejo sire, mientras yo aseguraba mi posición a horcajadas sobre sus rodillas, me contaba a media voz todo tipo de historias.



Todo lo que he retenido de la leyenda se desarrollaba sobre las rodillas de este abuelo, él mismo medio legendario. Hablaba de un sueño: «Los sueños, hijo mío, son títulos más grandiosos que los de la nobleza y de los señoríos. No lo olvides. Si te conviertes en el heredero digno de este nombre, te legaré quizá un día nuestro sueño: el sueño de Hoel Dhat». Y entonces, con una voz apagada, cargada de misterio, en un susurro sobre mi oreja, como si temiera que el aire de la habitación hubiera de sorprender sus palabras, mientras continuaba haciéndome saltar en sus rodillas, me habló de un carbúnculo en un país al que ningún mortal puede llegar a menos de ser introducido en él por quién ha vencido la muerte y poseer una corona de oro y un cristal sacado del doble rostro de... ¿de? Creo recordar que hablaba de esta criatura ambivalente del sueño como de un antepasado o de un genio tutelar de nuestra familia. Pero ahí mi memoria ya falla: todo flota en una niebla claroscuro.

De todos modos, nunca había soñado nada semejante hasta hoy. ¿Era el sueño de Hoel Dhat? Comentar más no serviría de nada. Por otra parte me ha interrumpido la visita de mi amigo Serge Lipotine, el viejo anticuario de Werren-gasse.

Lipotine —apodado en la ciudad «Nitchevo»— antiguo anticuario titular de Su Majestad el Zar, sigue siendo, a pesar de sus vicisitudes, un personaje notable y típico. Antes millonario, conocedor, experto de fama mundial en el arte asiático; hoy un pobre viejo revendedor que espera una muerte cierta mientras vende baratijas más o menos chinas; siempre zarista, hasta la médula de los huesos. Debo a su olfato infalible la posesión de algunas piezas incomparables, y, cosa curiosa, cada vez que me apasiono por un objeto particular, que creo difícilmente asequible, cada vez, Lipotine viene a verme casi inmediatamente y me trae un objeto similar.

Hoy, como no había nada interesante, le muestro el envío de mi primo de Londres. Alabó un poco las viejas edi-

ciones y las declaró «rarísimas». Dos especies de medallones llamaron rápidamente su interés: buen Renacimiento alemán denotando más que las cualidades del oficio. Vio finalmente el blasón de John Roger, tuvo un movimiento de sorpresa y se perdió en reflexiones. Le pregunté lo que le intrigaba. Alzó los hombros, encendió un cigarrillo y guardó silencio.

Un poco más tarde charlábamos de bagatelas. Poco antes de retirarse me dijo: «¿Sabéis, querido amigo, que nuestro buen Michel Arangelovitch Stroganof no durará mucho más que su último paquete de cigarrillos? Sigue la norma. ¿Qué podría hipotecar en el monte de piedad? Poco importa. Éste es el fin, para nosotros los rusos: vamos en el sentido del sol, nacidos en el este para naufragar en el oeste. ¡Qué os vaya bien!».

Lipotine se marchó, yo seguía perdido en mis pensamientos. Así Michel Stroganof, el viejo barón, una de mis buenas relaciones de café se preparaba a emigrar al verde reino de los muertos, al país verde de Perséfona. Desde que le conocí sólo vivía de té y de cigarrillos. Había huido de Rusia y embarrancado aquí, no poseía nada más que lo que llevaba encima, a saber, media docena de sortijas adornadas de brillantes y el mismo número, más o menos, de grandes relojes de oro: todo lo que había podido meter en sus bolsillos antes de cruzar las líneas bolcheviques. Vivía de estas joyas, con la insolencia y las maneras de un gran señor, sólo fumaba cigarrillos de los más caros, que hacía traer de Oriente váyase a saber por qué medio. «Transformar las cosas de la tierra en humo, le gustaba decir, puede ser el único placer que podemos dar a Dios». Lo que no le impedía morir lentamente de hambre, y cuando no estaba sentado en la pequeña tienda de Lipotine, helarse en su buhardilla de algún barrio bajo.

Así el barón Stroganof, antiguo plenipotenciario de Su Majestad Imperial en Teherán, agonizaba. «Poco importa. Sigue el orden», como dice Lipotine.

Con un suspiro pensativo, por ociosidad, me vuelvo con los manuscritos y los libros de John Roger.

Cojo esto o aquello al azar y me absorbo en su lectura.

\* \* \*

He pasado la jornada compulsando los documentos dejados por mi primo, y he concluido que era inútil esperar poder ordenar en un conjunto coherente estos fragmentos de antiguos estudios y estas viejas notas: nada se puede edificar de estos escombros. «Lee o quema», me murmuraba sin cesar una voz interior. «¡El polvo al polvo!».

En suma, ¿qué tengo yo que ver con esta historia de un cierto John Dee, barón de Gladhill? ¿Qué era un viejo inglés inclinado al tedio y según todo parece un antepasado de mi madre?

A pesar de todo no puedo decidirme a enviar este farrago al diablo. A veces las cosas tienen más poder sobre nosotros del que nosotros tenemos sobre las cosas: tienden a los vivos una especie de trampa al hacerse pasar por monstruos. No, no me decido a interrumpir una lectura que, de hora en hora, sin saber decir por qué, me cautiva más. Del seno de este caos fragmentario emerge una forma crepuscular, bella y triste: la de un espíritu superior. De un hombre atrozmente extraviado que brilló en la mañana de su vida para ver amontonarse las nubes en su madurez: perseguido, burlado, crucificado, reconfortado con hiél y vinagre; un hombre que rozó el infierno, un elegido por tanto, que a fin de cuentas fue elevado a las altas esferas del cielo ya que era un alma noble, un «sapiente» audaz, un espíritu ardiente.

No, la historia de John Dee, descendiente de uno de los más nobles linajes de la isla, de los viejos príncipes y condes de Gales, mi antepasado por sangre materna, no ha de hundirse en el olvido.

Pero no puedo escribir como querría lo que veo en ella. Me faltan casi todas las condiciones previas: la posibilidad de un estudio personal y el eminente saber de mi primo en un dominio que unos califican de «oculto»; del que algunos creen desembarazarse poniéndole el término de «parasitología». Carezco, en esta materia, de experiencia y de criterios. No puedo hacer nada más que intentar, con un cuidado escrupuloso, aportar a este embrollo de vestigios un orden y un plan racional: «Preservar y transmitir, siguiendo las palabras de mi primo John Roger.

Ciertamente, esto no es más que disponer un frágil mosaico. ¿Pero los restos de unas ruinas no son a menudo más emocionantes que una casa coqueta? Enigmática esa sonrisa de los contornos de una boca que desmiente la profunda melancolía ligada a la nariz: enigmática, esa mirada fija bajo una frente ausente; enigmático ese relámpago de frescor de pronto rosa, sobre un fondo que se esteriliza. Enigmático, enigmático...

Me costará semanas, si no meses, de fatigoso trabajo desenmarañar, primera etapa indispensable, esta madeja ya medio podrida. Dudo: ¿Debo hacerlo? Si tuviera una onza de certeza, si un invisible consejero interior me soplase esta decisión, dejaría con toda irreverencia que este bazar se hiciera humo para «dar placer al buen Dios».

Cada vez se imponía más en mí el pensamiento del barón Michel Arangelovitch Stroganof, que está a punto de morir y ya no puede fumar sus cigarrillos, quizá porque el buen Dios tiene escrúpulo de que un hombre le testimonie tanta cortesía.

\* \* \*

Hoy, otra vez, el sueño del carbúnculo. Ha sucedido como en la noche precedente, pero la sensación de frío debida al descenso del cristal hasta mi doble cabeza ya no me era dolorosa en absoluto, de manera que no me he desper-

tado. ¿Es esto debido a que el carbúnculo ha tomado posesión definitiva de mi cabeza? No lo sé. Ha sido en el instante en que el rayo luminoso ilumina a la vez los dos rostros de mi cabeza, cuando he visto que era esta criatura de dos cabezas —y por consiguiente, otro. Me he visto, como es el caso de «Jano», mover los dos labios de uno de los rostros, mientras que el otro permanecía inmóvil. Y este mudo indudablemente era «yo». El «otro» se libraba a largos y vanos esfuerzos para emitir un sonido, luchando para salir de un profundo sueño y pronunciar una palabra.

Finalmente los labios modelaron un aliento y exhalaban esta frase dirigida a mí:

«¡No ordenes! ¡No te creas capaz! Donde la razón pone orden, provoca una inversión de las causas primeras y prepara la destrucción. Lee y déjate guiar por la mano y no siembres estragos. Lee y déjate guiar por mí...»

Sentí cual martirio, en mi «otra» cabeza, el esfuerzo de estas palabras, lo que, según parece, me despertó.

Es extraño mi estado de espíritu. ¿Qué sucederá? ¿Un espectro se libera en mí? ¿Un espejismo nacido en el sueño quiere mezclarse en mi vida? ¿Soy objeto de un desdoblamiento de conciencia y me volveré loco? Al contrario, me encuentro en perfecto estado de salud, lúcido, sin la menor propensión a sentirme «doble» y mucho menos coaccionado, ya sea en el pensar o en el actuar. Soy absolutamente dueño de mis emociones, de mis intenciones. ¡Soy libre!...

Todavía un trozo de recuerdo de mis cabalgadas sobre las rodillas de mi abuelo, viene a mi memoria; me decía que el genio tutelar era mudo, pero que un día hablaría. Entonces llegaría el fin de los días de la sangre; la corona ya no se cerniría por encima de su cabeza, sino que replandecería en su Doble Frente.

¿Jano empezaba a hablar? ¿Es el fin de los días para los de nuestra sangre? ¿Soy el último heredero de Hoel Dhat?... No importa, las palabras impresas en mi memoria tienen un claro sentido: «¡Lee y déjate guiar por mí!». Y, «la

razón provoca una inversión de las causas primeras»... Sea pues, obedeceré la orden dada; pero no, no es una orden; por otra parte, me negaría a dejarme mandar, es un consejo, sí, un consejo, ¡un simple consejo! ¿Y por qué razón no lo seguiría? No lo clasificaré. Transcribiré al azar aquello que mi mano atrape.

He tomado, sin mirar, una hoja del montón; reconozco la abrupta escritura de mi primo John Roger y leo:

Todo ha terminado desde hace mucho. Muertos desde hace mucho tiempo están los hombres que aparecen en estos documentos biográficos, con sus envidias y pasiones: en su polvo, yo, John Roger, me atrevo a escudriñar, de la misma manera como ellos habían actuado en relación a otros hombres que habían desaparecido mucho antes que ellos, como ellos han desaparecido para mí, hoy violador de sus cenizas.

¿Qué es lo que está muerto? ¿Qué es lo que ha sucedido? Lo que he pensado, hecho, antaño, todavía es hoy acto y pensamiento: todo lo que tiene poder está vivo. Seguramente, todos nosotros no hemos encontrado lo que habíamos buscado; la verdadera llave del tesoro de vida, la llave misteriosa, la búsqueda de la cual basta para magnificar el sentido y la obra de toda una vida. ¿Quién ha visto por encima suyo la corona del carbúnculo? ¿Nosotros, los descubridores, qué hemos encontrado? Nada más que la desgracia inconcebible y la visión de la muerte, ¡de la que, además, es dicho que debe ser vencida! Pero sabe que la llave reposa en el abismo de las aguas tumultuosas.

Quien no se sumerge en sí mismo no la obtiene. ¿El Último Día de la Sangre no había sido el objeto de un oráculo para nuestro linaje? Ninguno de entre

nosotros ha visto este último día. ¿Debemos felicitarlos? Acusarnos también, sin duda.

El personaje de las dos cabezas no se me ha mostrado, a pesar de todas mis evocaciones. No he visto el carbúnculo. Así debe ser. A quien el diablo no vuelve la cabeza violentamente hacia atrás, se dirigirá irresistiblemente hacia la tierra de los muertos y no verá nunca levantarse la luz. ¿Pero a quién de entre nosotros, los de la sangre de John Dee, el Baphomet ha hablado?

John Roger

Este nombre, «Baphomet», me dio como un martillazo. Por el amor de Dios, ¡el Baphomet! ¡Sí, es el nombre que no quería venirme a la memoria! ¡Es el Coronado de doble rostro, el dios del sueño hereditario de mi abuelo! Son las sílabas que me murmuraba en la oreja, desprendiéndolas al ritmo de un aliento como si quisiera hundírmelas en el alma mientras que, cual pequeño caballero, cabalgaba de arriba a abajo y de abajo a arriba sobre su falda.

¿Baphomet? ¿Baphomet?

¿Pero, qué es el Baphomet?

Es el símbolo hermético de la antigua Orden secreta de los Caballeros del Temple; lo singular por excelencia, más próximo para el Templario que todo lo que le es próximo y permaneciendo por esta misma razón, un dios desconocido.

¿Los barones de Gladhill fueron Templarios? Me hacía la pregunta. Era posible, al menos para uno u otro, ¿quién sabe? Lo que dicen los manuales y los rumores públicos es abstruso: Baphomet sería el «bajo demiurgo», ¡sutileza de la degenerada jerarquía gnóstica! ¿Pero por qué dos rostros? ¿Y por qué además, soy yo quien desarrolla en sueños estos dos rostros? Un hecho, entre los demás, es cierto: yo,